



Referentes...

De lo perverso a lo humano: El Bosco

Por Danilo Rúa Espinosa

El jardín de las delicias es la obra tal vez más vista del pintor flamenco Jheronimus van Aken, conocido popularmente como Jheronimus Bosch o El Bosco, así designado por su origen neerlandés al nacer en la ciudad de 's-Hertogenbosch (*bosque ducal*) comúnmente llamada Den Bosch, capital del ducado de Bramante en los actuales Países Bajos hacia el año de 1450 (fecha no precisa). En esta, y gran parte de sus obras, se pueden observar mundos oníricos sacados de una imaginación prodigiosa y con una cantidad de simbolismos que todavía hoy, más de 400 años después, no se alcanzan a descubrir sus significados. Lo que sí es muy notorio es la fuerte influencia del discurso religioso en sus obras que presentan de manera contradictoria los deseos y perversiones más bajas como aquello que es paradójicamente lo más humano.

Descendiente de familia de pintores, Jheronimus Bosch desarrolló un estilo propio y particular que le hicieron acreedor de fama y dinero, al igual que de innumerables encargos de importantes personalidades de su época como Felipe El hermoso, duque de Borgoña. Dentro de sus características pictóricas resaltan el buen uso del color y de la composición haciendo que en sus cuadros prime la armonía en contraste del relativo caos que presentan sus figuras fantásticas, demoniacas y fantasmales. La saturación de formas, personajes y animales es otra constante que hace de las escenas de sus pinturas una recreación de reuniones llenas de sensualidad, excesos y desbordes que limitan con las orgías abundantes de frutas y de todo tipo de placeres llevados al extremo de la perversidad. Sin embargo, estos excesos son presentados de tal manera que no se sabe si en realidad se quiere condenar este tipo de actos o si en efecto se está invitando al abandono en estos como la única forma en la que el ser humano llega a una liberación del espíritu. Esta es la gran contradicción que se encuentra en las obras del pintor flamenco que muestra el reflejo de una sociedad altamente creyente que cohibe los placeres carnales, pero que no deja escapar oportunidad para adentrarse en ellos; incluso dentro de la institución que ordena esto.

Así se ve en *Las bodas de Caná* de 1560 donde se representa el exceso con el que la iglesia celebraba sus fiestas, pues esta pintura, al parecer, evoca los banquetes del cisne organizados por la cofradía de Nuestra Señora, de la cual era miembro y de la que recibió varios encargos, y en la que se alcanza a percibir la pompa de estos encuentros. Sin duda alguna, todas estas representaciones son el fruto de la realidad que se vive en aquella época cargada de confusión y enfermedad, que llevaron al pintor a recrear esas imágenes que, a lo mejor, todo humano quería habitar para así poder escapar del mundo que percibía. Y es que, tal y como lo dejó plasmado en *Extracción de la piedra de la locura*, el traspaso de la Edad media al Renacimiento estuvo plagado de grandes conflictos

espirituales y mentales, haciendo necesario el uso de nuevas ‘formas de control’ (como las intervenciones quirúrgicas) para poder recuperar el temor y miedo que ya no era posible transmitir a través de la imagen. Es de ahí que se genera la ambivalencia de este personaje que más que adoctrinar lo único que hizo fue mostrar con plena conciencia los parajes a los que somos capaz de llegar cuando la realidad que se vive es más caótica que la misma imaginación; recalcando que, en efecto, eso que se percibe como siniestro, como oscuro y como perverso es lo que, a la larga, más nos define como seres humanos.



El Jardín de las delicias. Óleo sobre tabla. 2,20 x 3,69 cm. Museo del Prado.



Las bodas de Caná. 1560. Óleo sobre tabla. Museum Boijmans Van Beuningen, Róterdam.



Extracción de la piedra de la locura. Óleo sobre tabla. 49 x 34,5cm. Museo del Prado.